

*Esta vez va para todos esos jóvenes lectores que me adoptaron
y que me hacen sentir uno más de la banda*

Y sobre todo para Mely, por haberme salvado la vida

ÉL

Le duele el hombro. La estocada del inglés lo tomó por sorpresa. Se lo repitió Portos hasta el cansancio y, sin embargo, no le hizo caso en el momento crucial.

Lo cierto es que nadie hace caso en el momento crucial, y entonces vuelan mandobles, jarras de vino, bancas, velas. Las capas revolotean por el aire y los sombreros pierden sus elegantes plumas que no sirven para nada. Frente a él, dos sicarios del cardenal Richelieu avanzan con los floretes desenvainados, mirándolo con un odio perverso, buscando su corazón con la punta de las afiladas espadas.

Los despacha en segundos. Al primero le atraviesa el estómago de forma limpia, mientras lanza un plato lleno de cerdo en escabeche al segundo. A ese le hace llegar su hierro y su desprecio directo al pecho. Deja de verlo con odio. Su cara se torna en sorpresa absoluta al sentir cómo le llega la muerte.

En medio de una batalla campal en una taberna, donde es difícil distinguir a amigos de enemigos, dejas de oír, te vuelves sordo. Solo puedes ver cómo las cosas vuelan a tu alrededor con lentitud aterradora. Y tu cabeza y tu mano se hacen una para asir con firmeza la empuñadura de la espada, encontrar el blanco y salvarte de la muerte.

Pero el inglés, como todos los pérfidos ingleses, no viene de frente; llega por su lado ciego. Con la espada le apunta a las costillas. Se gira un segundo antes de recibir el golpe. Portos le dijo en cada una de las clases que

había recibido, y que según él había escuchado con mucha atención, que el giro debe ser acompañado por un encogimiento de hombros y de torso completo. Pero tan solo gira. Y la espada del supuesto caballero se le clava, acompañada de un dolor intenso, en el hombro izquierdo, atravesando la capa y su frágil humanidad.

Por un momento siente que el mundo se abre bajo sus pies. Un velo rojo y oscuro cubre del todo su mirada. Un millón de alfileres hurgan en su carne.

El inglés abre la boca como si fuera a gritar y se desploma como un saco lleno de trigo sobre el suelo. Con la espada de Portos, el maestro, cosida a su espalda.

Salen de la taberna en medio de la confusión, sin saber muy bien cómo.

Ahora el matasanos le está poniendo sobre el hombro un emplasto que huele a doscientos mil demonios.

—No podrás jugar basquetbol por lo menos durante tres semanas —le dice muy serio el entrenador mientras termina de vendarlo, después de la jugada en la que lo hicieron «sándwich» entre dos contendientes cuando trataba de encestar tres puntos.

—Lo sabía —asegura su madre, que lo mira con enorme preocupación. Ella bajó de las gradas para humillarlo frente a toda la escuela, aunque no lo supiera. De eso están hechas las madres, de preocupación y cariño, por lo que pueden hacer cualquier cosa escandalosa en momentos terribles como ese.

—Fue a traición —dice él, francamente indignado.

No guarda rencor en su corazón. Pero odia con toda su alma no poder jugar la final. Menos mal que le quedan, como siempre, los libros para acompañarlo mientras se recupera.

YO

—Buenos días, muchachos —exclama alegre, y nadie sabe por qué, el profesor de tercero de secundaria, que recibe así a sus alumnos a las siete de la mañana. Yo odio que nos digan «muchachos», pero lo prefiero sin duda a «damas y caballeros» o al muchísimo peor «jovencitos». Y es que en eso de saludar hay tantas y tan enormes variantes que uno puede quedarse helado con las posibilidades. Me cuentan que hay un maestro de Química en la prepa que les habla de usted a los alumnos, y no solo eso: cuando se refiere a alguno en lo particular, lo llama por su apellido, como si estuvieran en un campo militar.

—¡Escobar, al frente! —dicen que dice.

Y Escobar es ni más ni menos que Mariela, la guapísima de la escuela por la que todos suspiran y que se bambolea como un barco en medio de la tempestad. Tiene el pelo negro, los ojos verdes y la falda más corta del universo entero. O eso parece. También tiene tobilleras blancas y una cinta azul en el pelo.

Bueno, el caso es que Escobar se levanta del asiento que le fue asignado por orden alfabético, va hasta el pizarrón pasando en medio de las filas de bancas y un montón de suspiros se van oyendo mientras cruza, como una estatua helénica, hasta el frente de la clase.

Un día apareció en una de las bardas de la escuela un «ESCOBAR, TE AMO» pintado con *spray* negro, y todos tardamos mucho tiempo en saber de qué demonios se trataba el recado. Algunos dijeron que era un pueblo del norte; otros, que era un mensaje en clave de una pandilla que por aquí anda y que admira a un capo colombiano; otros más, que era un código revolucionario. Pero no, no era eso. Nada más y nada menos, estaba escrito lo que muchos pensábamos y no nos atrevíamos a poner en las paredes ni a susurrarlo siquiera.

Estoy divagando. El maestro saluda y todos contestamos adormilados. Al que se le haya ocurrido eso de tener clases a las siete de la mañana merece mi maldición eterna.

El maestro Fernando es una buena persona, sin duda, pero tiene un sistema un poco raro para dar sus clases. Primero lee, durante quince minutos y en voz alta, un libro. Parece ser que le dijeron que lo de la lectura en voz alta es muy bueno. Debe ser. Pero el problema es que el maestro Fernando es un poco gangoso y se le entiende la mitad de lo que dice. Además, lee todo con el mismo tono: parejo, parejo, sin emoción alguna. Como si estuviera declamando la lista del supermercado: seis kilos de papas, dos de ejotes, jabón *paga* la *lavadoga*, una escoba, *cagne* molida de *tegnega*, sopas de lata...

Pobre.

Y pobres de nosotros, que tenemos que soplarnos rollos interminables dichos monótonamente y sin expresividad alguna. Ya dije que es buena persona, muy buena. Nos da clases de Literatura y todo el tiempo nos empuja, como puede, hacia los libros y lo que ellos contienen. Sin resultados aparentes.

Excepto tal vez por Isabel, quien siente fascinación por eso de los libros: ella escucha atentamente y apunta todo en un cuaderno.

El maestro Fernando tiene otro problema. Sigue al pie de la letra el programa de estudios de la Secretaría de Educación, y gracias a ello hemos tenido que leer cosas como la *Ilíada*, la *Odisea* y el *Cantar de mío Cid*. Y, la verdad, no hemos entendido nada de nada. Como si

estuvieran escritos en otro idioma y no en español. O a ver si no tengo razón:

*¿Venides, Alvar Fáñez? ¡Una osada lança!
Donde quiera os enviase siempre tengo gran esperanza.
Eso con esto sea juntado,
Os doy un quinto, si os parece bien, Minaya.*

¡Qué tal! ¿O lo entendiste? De ser así, eres un genio, te felicito y con gusto te regalo el ejemplar del Cid que me obligaron a comprar. ¡Vamos, hasta te lo dedico! En caso contrario, bienvenido al club. Somos un montón los que no entendimos nada, o muy poco, o poquísimo. Creo que para leer este libro y otros como este, se necesita haber leído antes otros libros. Pero como la Secretaría dice que hay que leerlo, pues ni modo. En el examen que nos hizo el profesor Fernando saqué nueve. Y tampoco entendí por qué. El mundo es raro y las clases de Literatura lo son mucho más. Misteriosas, por decir lo menos.

Hoy, después de leernos, nos despierta a todos con una sorpresa. El maestro habla mientras escribe unas palabras con gis sobre el pizarrón.

—Muchachos. Tienen que *leeg* este *libgro* —y lo dice señalando las palabras gruesas que hay sobre la superficie verde—, y hacer un *gresumen* para el *viegnés* de la *próxima* semana.

Y nosotros, obedientes, apuntamos en el cuaderno el nombre del *libgro*. *Guerra y paz*. León Tolstói. Un ruso. Veremos qué pasa y cómo nos va. Es una semana exacta para leer y hacer el famoso resumen de, por lo menos, dos páginas.

No sé qué va a suceder con mi vida. Pronto llegará la preparatoria y luego la universidad y luego la cantidad de obligaciones que parece ser que me tocan, aunque ni siquiera haya comprado boleto para la rifa y nadie me haya preguntado nada.

En algún momento pensé que lo mío era ser explorador. Vi un montón de documentales en la televisión sobre la vida de los anima-

les en África, en los Polos, en la Amazonia, en los desiertos. Sonaba bien, se veía espectacular, incluso. Ir por el mundo descubriendo nuevas especies o contando del comportamiento de bichos enormes que se desplazan miles de kilómetros para tener a sus crías. Dormir en tiendas de campaña, ver atardeceres gloriosos en la sabana, o amanecer, en cambio, con un paisaje glacial ante mis ojos. Pero no, no puede ser. Cuando hace frío, tengo mucho, mucho frío. Y cuando hace calor, parece que me voy a derretir como una paleta de limón dejada sobre una banca en un parque. Lo mío, lo mío es lo templado, ni más ni menos.

Y en lo templado, los únicos animales a los que puedo seguir y observar de cerca son mis padres, mi hermana, mis amigos, los profes de la escuela. Habrá que averiguar si existe esa profesión. Por lo pronto, más me vale poner atención a lo que el maestro Fernando está diciendo sobre el Siglo de Oro, no vaya a ser que nos pregunte de repente. Porque este hombre quita puntos o medios puntos mensuales a la menor provocación si uno se equivoca.

Está diciendo algo de un tal Francisco de Quevedo y Villegas que se murió en 1645. ¡Hace casi cuatro siglos! Ni siquiera mi tata-buelo vivía en ese tiempo.

Saliendo iré a buscar el libro del ruso que habla de la guerra y la paz. Ojalá no sea demasiado largo.

ELLA

«Nadie me pela», piensa Isabel mientras hace dibujitos de estrellas y lunas sobre su cuaderno cuadriculado en la soledad de su cuarto.

No es que esté gorda. Ella prefiere pensar en sí misma como «llenita»; Vicky, su hermana mayor, dice que lo que pasa es que tiene huesos grandes y eso, a Isabel, siempre le saca una sonrisa. Lo cierto es que las malteadas de fresa, las donas glaseadas y los panqués de nata no son un alimento, son poco más que una maldición que se acumula en las caderas. Su mamá le pone en la mesa, todos los días, ensalada verde, pollo o pescado asado, una gelatina *light*. ¡A quién se le ocurre! «Eso» es comida de enferma. Y ella no está enferma, está «llenita».

Y sin embargo, faltan solo dos meses para su fiesta de quince años, y si el espejo no miente, será imposible meterse en el vestido azul que escogió para la celebración. Va a parecer un pitufo. Uno gordo, por supuesto. El tema aquí es que nadie le preguntó, como al resto de sus amigas, si prefería fiesta o viaje. Hubiera gritado: «¡Viaje!», con todas sus fuerzas. Pero en su casa impera esa extraña tradición familiar de realizar un jolgorio por todo lo alto cuando las chicas cumplen quince, y es algo que no está a discusión. Habrá que decir que tiran la casa por la ventana. Por ejemplo, en la fiesta

de Vicky hubo incluso una orquesta y *valet parking*. Pero Isabel no se divirtió tanto como hubiera querido. Nadie la sacó a bailar en toda la noche. Danzó tan solo con las primas pequeñas y lamentó que ni uno solo de esos muchachos altos, guapos y elegantes se diera cuenta de que era ella la que mejor lo hacía de entre todos los que se dieron cita aquella vez. Por mucho.

A las doce en punto de la noche tuvo una ocurrencia. Una que podía cambiar su destino para siempre.

Salió corriendo hacia el jardín trasero de la casa, y en el camino, en medio de la pista, dejó sobre el suelo una de sus zapatillas de raso verde, como si nada, como si la hubiera perdido sin querer, como la Cenicienta.

Se sentó en la banca de madera junto a la enredadera y esperó a su príncipe. En vano. Casi dos horas.

De esa experiencia bochornosa sacó algunas conclusiones que luego apuntó en su cuaderno cuadriculado con letra diminuta, como si temiera que alguien que no fuera ella pudiera leerlo. Aunque sabía bien que eso era improbable. Siempre está escondido detrás de la *Gran enciclopedia del mundo animal*, esa que nadie ha tocado en años. Isabel escribió:

1. *Ya no hay príncipes azules. Ni de ningún otro color.*
2. *Ya no hay ni siquiera caballeros.*
3. *No dejes nunca una zapatilla en una pista de baile. La perderás.*
4. *No puedes bailar con una sola zapatilla, aunque quieras bailar sola.*
5. *No vayas al jardín descalza de un pie. Te dará gripa.*
6. *No creas NUNCA en los cuentos de hadas. No existen.*
7. *Los sueños no se hacen realidad.*
8. *Odio las fiestas de quince años.*

No puso nada más. No hacía falta.

Esa madrugada subió, con disimulo para que nadie notara la cojera, las escaleras rumbo a su cuarto. Abajo seguía la fiesta y el

baile, y Vicky, su hermana, flotaba por la sala en los brazos de un galán que sonreía como un idiota. Pasito a pasito, escalón tras escalón fue avanzando hasta su madriguera. Ya casi llegaba cuando escuchó una voz a su espalda.

—¿Isa?

Era su padre. Con la dichosa zapatilla de raso verde en la mano.

—¿No es tuya, hija? —preguntó.

Se la arrebató con un súbito movimiento, avergonzada. Masculló unas gracias de pasada y subió dos escalones más.

—¿No quieres bailar una conmigo? —dijo su papá luciendo una enorme sonrisa como de película.

—No me gusta bailar —contestó ella. Y fue a encerrarse a su habitación.

La zapatilla estaba toda manchada. Tenía incluso un trozo de chicle morado en uno de sus lados. Como si hubieran jugado fut con ella.

Lloró. Mucho. Nadie hubiera pateado la zapatilla de la Cenicienta. Los príncipes de hoy son una partida de salvajes e ignorantes.

«Nadie me pela», escribió esa vez debajo de los ocho puntos definitivos. Hoy repasa la sentencia con los ojos y la confirma amarga, tristemente.

Faltan dos meses y ocho kilos para que suceda su propia fiesta de cumpleaños.

Isabel no cree, tampoco, en los milagros.

Al azar, toma un libro y comienza a leer, distraída...

ÉL

Jack y su tribu han recorrido de arriba abajo la isla buscándolo. Con rabia. Saben que sin sus lentes no hay posibilidad de hacer fuego. Y si no hay fuego, hay que comer alimentos crudos.

Él se ha metido en una oquedad bajo los riscos, muerto de miedo. Se separó de sus compañeros al oír los gritos salvajes que venían del otro lado del manglar. Sabe bien que si lo encuentran, le quitarán los anteojos y lo dejarán convertido en un verdadero inútil, un topo que tendrá que ir por ahí a tientas, ciego. Está empezando a subir la marea. El agua está lista para cubrirlo todo en un par de horas. No sabe si prefiere morir ahogado o a manos de Jack y sus secuaces.

Sus lentes son el bien máspreciado que tiene, además de su vida. Cuando descubrieron que servían para hacer fuego por su enorme grosor, se convirtieron en un verdadero tesoro para todos. Al principio lo trataban con una enorme deferencia y en cuanto el sol se posaba en el centro del cielo, se los pedían con gran ceremonia y aspadiento y hacían que los rayos del astro se filtraran y aumentaran a través de los lentes sobre una cama de pajitas y hojarasca. Todos aplaudían, gritaban y danzaban alrededor del fuego, que como un milagro, a pesar de que se trataba tan solo de ciencia, aparecía de pronto ante sus ojos. Luego se los devolvían, dándole las gracias.

Él fue, sin duda, el personaje más importante de esa isla desierta durante los primeros días: era el poseedor del fuego. Estaba en lo más alto de la pirámide, junto a Jack y Mike, los dos líderes indiscutibles por derecho propio y a los que todos los demás hacían caso sin preguntar desde que el avión que los transportaba cayó con estrépito en medio de la nada.

No hay adultos en la isla, tan solo treinta muchachitos de entre once y quince años, todos de la misma escuela, que iban en un viaje de vacaciones y terminaron varados en ese lugar. El piloto y el copiloto del avión no habían sobrevivido al accidente; fueron enterrados por los chicos, con solemnidad, a escasos metros del fuselaje destrozado del aparato. Los primeros días no se atrevieron a moverse del lugar por si alguien iba a buscarlos, pero luego, al darse cuenta de las necesidades básicas que la bodeguita del avión ya no podía surtir, como agua y comida, salieron a explorar y encontraron, no muy lejos, mucha fruta y una pequeña cascada.

Se dividieron las tareas. Había exploradores y cazadores, que recorrieron la circunferencia de la isla y también sus vericuetos interiores. Encontraron loros, pequeños mamíferos, huevos de aves marinas, un par de jabalíes, murciélagos en una enorme cueva e incluso los restos de un viejo naufragio, y volvieron sonrientes con su botín alimentario a cuestras. Los constructores se dieron a la tarea de acarrear troncos de palmeras caídas, ramas, partes del fuselaje del avión y piedras para construir un refugio lo bastante grande donde cupieran todos los muchachos. Por último, pero no menos importante, los cocineros. Allí le tocó a él. Todas las mañanas, en cuanto el sol subía por el cielo, se quitaba las gafas de aumento y realizaba el milagro del fuego frente a los más pequeños, que sonreían y aplaudían tratándolo como si fuera un mago en un teatro. Él siempre hacía una pequeña reverencia mientras a sus pies chisporroteaba el prodigio que les daba luz, calor por la noche y posibilidad de comer. La peor parte, sin duda, era abrir, desplumar y despellejar los alimentos. Nunca lo había pensado. No tenía muy claro por qué había que meterse en ese amasijo de sangre, vísceras, tendones y piel para poder ponerse en la boca un trozo de carne asada. En casa o en la escuela era sin duda diferente. Por las mañanas lo esperaban, frente a la mesa de la cocina, un par de perfectos huevos fritos acompañados por unas lonchas crujientes y apeti-

tosas de tocino. Mojaba el pan en las yemas de los huevos con enorme deleite, poco a poco, con lentitud, disfrutando del momento, sintiéndose seguro.

Pero en esta isla desierta las cosas no son así. Se levantaban todos al alba para realizar las tareas que les habían sido asignadas, y en cuanto oscurecía, a resguardo en el campamento, se hablaba y se discutía con la fogata en el centro, iluminando fantasmagóricamente las caras de treinta asustados muchachitos (aunque algunos no lo admitieran y se hicieran los valientes). Pero en orden. Alguien, él no recuerda quién, inventó lo de la caracola. Solo el que la tuviera entre las manos podía hablar. Los demás que quisieran hacerlo tenían que esperar un riguroso turno.

Todo iba bastante bien. Hasta que, por una discusión tonta, el grupo se había separado. Jack y los cazadores se habían ido montaña arriba y habían hecho un nuevo campamento donde cada quien hacía lo que quería. Tenían de todo.

Excepto sus lentes, los lentes que sirven para hacer fuego.

Noche tras noche un grupito de Jack bajaba hasta la playa y, gritando como salvajes, con las caras cubiertas de lodo y armados con lanzas de madera, robaban un trozo de leña encendida, atemorizando a los más pequeños.

Hubiera bastado con que lo pidieran. Se los habría dado con gusto.

Pero luego, conscientes de su fuerza y de su poder para asustar, decidieron que no querían ese trozo de madera en llamas, sino sus lentes...

Y ahora lo persiguen, gritando como posesos incluso en las cercanías del pantano, arriesgándose todos a morir.

Pero el agua empieza a entrar en la oquedad donde se esconde.

Ya le está tocando los pies. Tiembla. De miedo y de frío, en ese orden.

Cierra los ojos con fuerza, deseando estar en casa, en su cama, con sus padres.

Tan solo un milagro podría salvarlo.

Le falta la respiración, el pulso cabalga por sus venas como un tropel de ratas en un incendio, siente cómo las rodillas castañetean entre sí, como un telégrafo que enviara mensajes de auxilio desde un barco que se hunde después de haber chocado contra un iceberg. Morir no es para nada divertido. Morirse es terrible y dramático.

Se atreve por fin, después de mucho rato, a separar los párpados con lentitud. Todo es borroso, como una película vieja y fuera de foco. Mueve las manos a los costados; no hay arena ni piedras, es tela suave. Bajo la cabeza, empapada de sudor, nota la almohada que tiene desde niño; aspira ese olor familiar y reconfortante. No está en una isla desierta rodeado de agua, nadie lo persigue. Es su casa, su cama.

Con la mano izquierda tentalea sobre la mesita de noche y, después de revolver mucho, encuentra por fin sus lentes de fondo de botella.

Se los pone y mira por la ventana cómo va amaneciendo. Lo puede ver claramente.

Puede ver el mundo claramente.

Recupera del suelo *El señor de las moscas*, de William Golding, y con un suspiro, retoma la lectura aliviado, en la cómoda suavidad de las sábanas blancas y la seguridad reconfortante de su habitación, su espacio, ese pequeño mundo amable que ha creado.

Tal vez eso de operarse de la vista sea una buena idea. Tan solo habrá que dejar los lentes enormes a la mano, a buen recaudo, por si se necesita un fuego que ahuyente a las bestias que vienen por las noches.

YO

SÁBADO

Tengo ya la edición de *Guerra y paz* del señor Tolstói que logré conseguir en una librería de viejo en la avenida Álvaro Obregón. Me salió barata. Tiene 856 páginas. Lo sé porque lo primero que hice al recibir el tomo fue ir hasta el final y ver el numerito maléfico que me esperaba.

Saco entonces cuentas. Si lo tengo que leer en cinco días, me tocan 171.2 páginas por día. Tiene letra chiquita. Puse el cronómetro de mi reloj y probé en cuánto tiempo (entendiendo y no corriendo) lograba leer una página. Lo hice con tranquilidad y resultó que fueron tres minutos y veintidós segundos. Eso da un poco menos de veinte páginas por hora. Y entonces se me cayó el alma al suelo. La matemática no miente.

¡Tengo que leer nueve horas diarias para lograrlo! ¡Más que una jornada laboral! ¡Están locos!

Odio a los rusos, al maestro, al sistema educativo mexicano, a la escuela, al reloj y a los libros.

Si salgo de la escuela a las dos de la tarde, como hago el resto de la tarea, podré empezar a leer a las cuatro. Cuatro y nueve dan trece.

Las trece son la una. Mis papás jamás me van a dejar estar leyendo a Tolstói hasta la una de la mañana todos los días. ¡Ni que estuviera haciendo una maestría!

Cuando mi padre perdió su trabajo, hace tiempo, tuvo que ir a un psicólogo porque dijo que tenía estrés. Mi padre tuvo pronto un nuevo trabajo y se le quitó, pero los síntomas eran dificultad para respirar, manos sudorosas, falta de concentración, miedo inexplicable.

Pues eso. Yo tengo estrés. Y todavía no he empezado a leer.

Y como no me apure, el panorama se ve negro, negrísimo.

DOMINGO

Debo tener un nuevo récord.

Ayer leí doce páginas de *Guerra y paz*. Estoy en déficit con 159. Hoy me tocarían 330.4. ¡Ja!

Si pudiera hacerlo, estaría en una escuela de superdotados inventado la cura contra el cáncer y no pasándomela tan mal.

Lo que sucede es que fui a la fiesta en casa de Araceli. Y empezó temprano. En mi defensa, diré que de los amigos cercanos de la clase, incluyendo a Araceli, soy el que más ha leído del libro. Pepe ni siquiera lo compró. Manolo, que lo sacó de la biblioteca de la escuela, lo dejó en el salón y no lo recuperará hasta el lunes; Araceli estaba muy ocupada con lo de la fiesta en su casa y Benjamín —Mincho, como le decimos— salió, como siempre, con una de las suyas.

—*Pos* yo saqué el resumen de internet... Nomás le cambio unas cosas y listo.

—No se dice «pos», se dice «pues». ¿Y si te pregunta algo que no sepas? —preguntó Araceli en tono preocupado.

—*Pos* —insistió—, somos muchos. No va a preguntar —contestó Mincho, que siempre confía demasiado en su buena suerte.

Lo pensé unos segundos y me pareció una idea genial pero arriesgada. Se supone que nos dan cosas a leer para que aprendamos. Eso es trampa. Contra nosotros mismos. A la larga la vamos a

pagar. Si un estudiante de Medicina hace un resumen de un libro sobre traqueotomías que sacó de internet y el profesor lo pasa, no quiero ser yo el que tenga un accidente y le toque ese médico, que no sabe lo que debería saber.

Hoy internet está produciendo sabios instantáneos. O ignorantes que parece que saben.

Me da tanto miedo que me descubran haciendo trampa que voy a evitarlo. Si hoy leo más, puedo más o menos lograrlo. Pero 330.4 páginas, ¡de plano no! O *niet*, como dirían los rusos de la novela...

LUNES

Resulta que no leí. Nada de nada. Los domingos nos levantamos tarde y luego nos clavamos con el partido de futbol. Y comimos fuera y luego mis padres nos invitaron al cine y a unos helados. El caso es que sigo acumulando páginas y prefiero ya ni contarlas.

Y en la noche me entró la ansiedad y la angustia, que venían en pareja como película de detectives gringos. Mezcla peligrosísima que impide que uno pueda concentrarse para leer. Lo peor del caso es que tampoco dormí bien. Me pasé la noche entera dando vueltas y viendo cómo los lobos de la estepa rusa, de afilados colmillos y ojos rojos como tizones de carbón, me perseguían entre la nieve intentando morderme las nalgas. Luego aparecieron los soldados zaristas, todos con elegantes uniformes azules, bigotes enormes y cara de malas personas, quienes, sable en mano y montados sobre sus briosos corceles, me perseguían para meterme en algo llamado «cadalso», que por más que pienso de dónde saqué la palabreja, de plano no doy.

El caso es que no pegué ojo en toda la noche, amenazado por cosacos rusos con largos y engominados bigotes como *hipsters*, que me perseguían con sus sables en la mano para darme planazos en las nalgas mientras me obligaban a leer, y esos lobos, que no me dieron tregua ni descanso.

Estoy al borde de un ataque de pánico. Después de comer, con la firme intención de leer, me encerré en mi cuarto con el señor Tolstói, desconecté el teléfono y la televisión y me senté en la cama.

Desperté cuando mi madre me gritó para que bajara a cenar. Tenía el libro en el mismo lugar por donde lo había tomado y, por supuesto, en el mismísimo capítulo. Así que lo único que leí fue el nombre del capítulo antes de quedarme profundamente dormido.

¡A mí no me salva ni un milagro!

Estoy temblando, creo que tengo fiebre. Si la ansiedad provoca fiebre, seré consumido por las llamas.

MARTES

¡Milagro, milagro!

Oí una voz clarísima que fue como una iluminación:

—Este jovencito tiene hepatitis. Fuerte —dijo el doctor Ramírez Heredia, amigo íntimo de la familia, mientras me veía el fondo de los ojos apuntando su linterna hacia mí, como un policía que interroga a un presunto culpable.

—¿Hay que hospitalizarlo? —preguntó mamá.

—Estás amarillo. Como chino —dijo mi hermana apuntándome con el dedo.

—No. Solo medicamentos y reposo absoluto. Por lo menos, dos semanas en cama —terció el doctor mientras escribía la receta.

«¡Ya la hice!», pensé. «Lo siento, don Tolstói; otra vez será». Y una carcajada que nadie oyó se formó en mi cabeza, mientras se desvanecían en el aire los soldados, los lobos y la nieve rusa.

Dormí como un lirón toda la tarde, liberado.

ELLA

Isabel ha revuelto toda la biblioteca de casa de sus padres. Está muy enojada. Hay por el suelo montones de libros apilados o abiertos, como si una explosión hubiera ocurrido en esa casa y todo lo que hubiera dejado a su paso fuera tan solo escombros.

—¡Nada! ¡Nada de nada! No lo puedo creer —exclama en voz alta, aunque no hay nadie allí para oírla. Mientras tanto, sigue sacando de los estantes uno y otro y otro libro, revisándolos, abriéndolos por el índice, buscando una pista sin dar con lo que busca.

Lleva toda la mañana en ello, desde muy temprano, desde casi las seis. Ya son las diez y nadie ha aparecido por allí. Será que es domingo. Los domingos se sigue a rajatabla la vieja costumbre familiar de no levantarse antes de las once. No se oye ni un solo ruido en esa casa, excepto el trasiego incesante de Isabel en la biblioteca, sacando libros y tirándolos al suelo.

Si bebiera café, ya se habría tomado una jarra entera. La indignación ha subido por su rostro, enrojeciéndolo con severidad como si tuviera un salpullido.

«¿Dónde demonios están las heroínas?», piensa mientras tira un nuevo libro a la pila que se ha formado a sus pies.

Por más que le hace, de plano no las halla en ese océano de tinta y papel que crece y crece.

Ya leyó, por supuesto, *Mujercitas*. Y por supuesto, como todas las niñas que a los diez o doce años lo leyeron, ella fue Jo, y escribió para el periódico del pueblo, y logró que su novela fuera publicada pese a todas las adversidades, y se enamoró como loca del profesor inteligente pero pobre. Pero eso fue hace años; Isabel ha crecido con rapidez y espera nuevas cosas que no encuentra.

Le sigue encantando *Mujercitas*, pero jamás lo diría frente a sus amigas. No quiere que le digan «cursi», «ñoña» o «fresita». No quiere que le digan nada. Sus amigas hablan de muchachos, de besos con lengua y de idas al cine sin mamás vigilantes. Sus amigas hablan de vodka y de cigarros y algunas también de marihuana y «tachas». Isabel las escucha y asiente con gesto grave. Pone cara de circunstancia. Por supuesto que le interesan los muchachos y las idas al cine, y en su momento tendrá que probar el famoso vodka y otras cosas si quiere seguir perteneciendo a su banda. Pero eso será después, cuando le toque.

Por el momento, lo único que le importa, enfundada en su piyama de franela y roja como un camarón, es descubrir dónde están los personajes femeninos de la literatura, esos que le deberían dar respuesta a la cantidad de preguntas que se han acumulado en su cabeza durante los últimos meses y que nadie atina a contestar. En medio de tanto libro, ya le han contado sobre algunos en los que las protagonistas son mujeres: *Madame Bovary*, de Gustave Flaubert; *Naná*, de Emilio Zola; *La dama de las camelias*, de Alejandro Dumas hijo; y *Anna Karenina*, de León Tolstói. Y los cuatro, según el maestro de literatura, eran muy buenos, pero a ella le parecieron en cambio muy decepcionantes.

Es poco menos que imposible que Isabel se sienta identificada con esas señoras que vienen desde el siglo XIX cargadas de pasiones que no logra descifrar, de abnegación que no corresponde al vertiginoso correr de este nuevo siglo y de situaciones en que, de plano, por sus acciones, sirven como musas, comparsas, objetos de deseo o simples observadoras de lo que alrededor sucede, sin intervenir.

Además, todas terminan muertas ¿Quién quiere ser un personaje que muere? Aunque muera de manera heroica. Nadie, ¿verdad?

Bueno, hasta Wendy, la de *Peter Pan*, es utilizada por su condición de mujer en la novela de James Barrie. En vez de ser invitada al país de Nunca Jamás para vivir una vida de magia, aventura y misterios, para ser pirata o princesa apache, o por lo menos sirena que lucha contra tiburones y calamares gigantes, la llevan para que se convierta en la madre de los «niños perdidos». ¡Pufff!

Y hasta ahora, el resumen es trágico: Isabel no quiere ser madre, cortesana, ama de casa ni infiel; tampoco tuberculosa. Quiere encontrar un libro donde la mujer, como ella misma, sea protagonista de espectaculares sucesos. Y de plano no lo encuentra por ningún sitio.

Vicky, su hermana, no lee o lee solo aquello que le obligan en la escuela. Es lo que en términos estrictos se consideraría una «mata-da». Saca diez en todas las materias y no presenta exámenes al final del curso porque siempre está exenta. «El ejemplo familiar». Pero es mucho peor que eso; además, es guapa, educada y ¡flaca! Coma lo que coma, Vicky no engorda. Dice la tía Rebeca que es por su metabolismo. Isabel está convencida de que solo lo hace por fastidiarla justo a ella, que hace que la flecha de la báscula se mueva como loca por mirar un pastel de cerezas.

Y, sin embargo, se llevan muy bien, porque entre todas las virtudes de Vicky está la de ser una magnífica hermana. Le encantaría odiarla pero no puede. Siempre le está dando ánimos para adelgazar, la invita a pasear con sus amigas, que a pesar de ser solo un poco mayores se sienten las divinas garzas, y todo el tiempo le cuenta hasta sus más íntimos secretos. Le presta ropa que casi nunca le queda y comparte su gusto por el cine y las fiestas.

Pero no lee. Y eso para Isabel es algo muy importante.

Sigue buscando libros con mujeres. *Moby Dick* no cuenta porque, a pesar de lo que algunos dicen, no es ballena, sino cachalote; es *el* cachalote. Entonces, Isabel se tira, desesperada, en la pequeña montaña de libros que hay por el suelo.

«Estoy gorda. Como Moby Dick», piensa. Y ella misma comienza a carcajearse con la idea y a revolcarse entre las obras, como si nadara en un mar lleno de palabras, de magníficas palabras, aunque todas o casi todas sean de hombres y sobre hombres.

En ese momento entra su madre, en bata. La mira un largo rato mientras Isa se ríe y nada entre los libros.

Después de lo que parecería una eternidad, pregunta:

—¿Estás bien, mi amor?

Isabel grita, sorprendida. Un grito que sale de lo más profundo de su estómago. Se sienta con las piernas dobladas, como un apache, y mira a su madre. La risa todavía no ha abandonado su boca.

Su madre estudió pedagogía y da clases en la universidad. Se sienta frente a ella, como si fueran dos viejos conocidos que esperaran el momento propicio para contarse sus verdades frente a una fogata en medio del bosque.

—¿Qué pasa, hija? —pregunta.

E Isa le cuenta. Se queja con amargura de que en los libros no están esas mujeres, como ellas, con sueños, con ganas de cambiar el mundo, con fuerza y determinación. Están rodeadas de abnegadas, sumisas, comparsas, parejas, portadas de revistas. Sonrisas de anuncio de pasta de dientes. Y por otro lado, en eso que se llama «vida real», están aquellas mujeres explotadas, violadas, desaparecidas, vejadas, humilladas. Y ella sabe, por lo que ve todos los días, que el mundo es injusto y cruel con el género femenino. Por eso quiere leer y aprender y descubrir. Para cambiar algo en este lugar hostil y terrible donde le tocó vivir. Donde las mujeres caminan con miedo por las calles y cualquiera se siente con derecho para decirles o hacerles cualquier barbaridad, sin medir las consecuencias.

Su madre la escucha con inmensa atención; de vez en cuando le pasa una mano cariñosa por el pelo. Las dos están conmovidas, conscientes, llenas de sí mismas.

La mujer se levanta y va hasta uno de los rincones de la biblioteca, uno que no había pasado por el huracán de las manos de Isa.

Toma un libro viejo, amarillento, de edición barata y se lo tiende a su hija.

—¿*El capitán Tormenta*? —pregunta la jovencita sin poder ocultar la cara de sorpresa—. ¡Mamá!, hace siglos que lo leí, acuérdate de que me lo diste cuando llegó mi primo Raúl con su colección de novelas de aventuras... Salgari siempre me gustó, pero ahora es como si me dieras a leer *Heidi* otra vez; ya crecí.

La madre se encoge de hombros, saca un libro diminuto de tapas amarillas y luego le pregunta si quiere chilaquiles.

Isa la abraza como cuando era niña, enroscando la mano en el cinturón de su bata. Y se van las dos a la cocina, sabiendo que aquellos chilaquiles que se hacen en complicidad, entre madre e hija, no engordan y saben a gloria. Isa va a encontrar muchos textos que le cambiarán la vida, pero todavía no lo sabe.

Detrás queda un océano de libros abiertos en el suelo.